

XII SIMPOSIO DE LA AIFP

Mesa: La ciudad como texto. Estructuras urbanas e ideas políticas

DE LA CIUDAD LETRADA A LA CIUDAD DEL MIEDO TEMORES URBANOS EN COLOMBIA. 1880-1950

Oscar Blanco Mejía

Escuela de historia de la Universidad Industrial de Santander (Colombia)

e-mail: osblanster@gmail.com

Desde hace tiempo, la ciudad Latinoamérica ha sido objeto de reflexiones, en 1976 José Luis Romero interrogó el papel cumplido por las ciudades en el proceso histórico latinoamericano y en 1984 Ángel Rama observó la relación que ha mantenido la ciudad con el poder y la cultura escrita desde tiempos coloniales¹. España configuró las ciudades como centros de poder y desde el momento de su fundación, lo que se crea no es solo una ciudad física sino una sociedad que se constituida por una ideología y era invitada a defenderla e imponerla sobre una realidad considerada inerte y amorfa que no daba lugar a cualquier contingencia inesperada.²

La función ideológica asociada a la ciudad ha continuado a pesar de los cambios históricos, por la sencilla razón de que construir ciudad es construir sociedad, en la manera como se organiza y proyecta una comunidad humana, pero también en la manera como proyecta sus desafíos, temores y transformaciones. De esa manera, la vida urbana no ha sido ajena a los procesos y cambios sociales como la aparición de una compleja e indefinida violencia urbana asociada con el tráfico de drogas y armas a partir de los ochenta³, los procesos de globalización⁴, incluso la crisis ambiental; son procesos que repercuten en la ciudad contemporánea y en sus habitantes. Si aceptamos lo anterior, dedicar un espacio de reflexión a la ciudad latinoamericana llega a ser fundamental para comprender la dinámica histórica de estas sociedades.

Retomando las reflexiones de Ángel Rama, desde tiempos coloniales y – agregaría – hasta mediados del siglo XX, hay en la ciudad latinoamericana dos ciudades, la ciudad real y la ciudad letrada, esta última compuesta por funcionarios y hombres de letras encargados de definir y llevar adelante los designios del poder sobre la urbe⁵. Pero a la ciudad letrada habría que agregar otra ciudad, la ciudad del miedo donde lo racional de la ciudad letrada muchas veces se confunde con los sentimientos de inseguridad y temor. La presente ponencia pretende poner en relación ambas dimensiones, una racional pero también otra, la de los miedos y temores urbanos, que lejos de oponerse a la primera, marcaron los avatares y futuros derrotos de la ciudad en Colombia tanto en el pasado como en el presente.

¹ RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago: Trajamar editores, 2004.

² ROMERO, José Luis. *Latinoamérica, la ciudad y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001, pp. 13-14.

³ PISSOAT, Olivier; BARBARY, Olivier. “Violencia y ciudades” en PISSOAT, Olivier, et.al. *Ciudades y sociedades en mutación. Lecturas cruzadas sobre Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia/IFEA/IRD, 2007, pp.297, 305.

⁴ BORJA, Jordi; CASTELLS, Manuel. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus, 1999, pp. 11-12.

⁵ RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago: Trajamar editores, 2004.

En la Bogotá actual, a manera de ejemplo, la mayoría de los habitantes se encuentra en una ciudad generadora de miedos, se vive y cohabita con el miedo. Para los antropólogos esto tiene repercusiones en la forma de pensar, vivir y usar la ciudad y en los tipos de relación social establecidos por sus habitantes. En una investigación adelantada por el observatorio de culturas urbanas a fines de la década del noventa Soledad Niño obtuvo algunos comentarios de los bogotanos: “Desde hace tres años no volví a misa por el miedo y la inseguridad”. “Se vive con miedo por tanto indigente que hay en esta ciudad”. “Tú llegas a esta ciudad y cambias de actitud y sales de ella y es como si te quitaran un hierro encima”. “Cuando uno sale a la calle, no sabe si va a regresar, la inseguridad es ¡impresionante!”. Si bien, agrega la autora, la imagen del miedo responde a los hechos de violencia que se presentan, en gran medida, son resultado de un imaginario creado a partir del flujo de información, tanto de los medios de comunicación, como del rumor, del chisme, y la misma interacción que se establece con los grupos de socialización, mediante la recreación de sucesos y experiencias que a diario circulan en la ciudad, reforzando la idea de una ciudad peligrosa, violenta y en general, que produce miedos.⁶

Partiendo de Corey Robin y Jean Delumeau, defino el miedo como el temor de la gente a que su bienestar colectivo resulte perjudicado— miedo al terrorismo, pánico ante el crimen, ansiedad sobre la descomposición moral- o bien la intimidación de hombres y mujeres por el gobierno o algunos grupos. El miedo es una pulsión básica del ser humano, un hábito que se tiene en un grupo humano, de temer a tal o a cual amenaza (real o imaginaria).⁷

Por lo tanto, sostengo en este ensayo dos visiones de ciudad: la visión racional de la ciudad letrada, y la visión de la ciudad del miedo, espacio del sentimiento de inseguridad. Juntas llegan a ser complementarias, pues la ciudad se construye a partir de una sumatoria de territorios, de la manera como se viven, son percibidos, sentidos, valorados e imaginados de formas diferentes por los sujetos que la habitan.⁸ Si la gran mayoría de los bogotanos de hoy viven en una ciudad que ellos perciben como generadora de miedos, habría que buscar no solo la manera como los ciudadanos de hoy la perciben, sino además, encontrar en el pasado respuestas a situaciones presentes. Por eso considero importante explorar las relaciones entre la ciudad letrada y la ciudad del miedo entre los años de 1880 a 1950, porque marcan el inicio de los procesos de modernización capitalista. Sostengo la tesis que los miedos urbanos, más que un rechazo a los resultados de modernidad, es una de sus consecuencias y puntas de lanza, como veremos a continuación.

La ciudad hispanoamericana: letras y el poder

La ciudad hispanoamericana es la ciudad que superando el mundo rural, se alinea a la modernidad para difundir sus procesos. Según el historiador argentino Adrián Gorelik no solo es el producto más genuino de la modernidad occidental, sino que además, es un producto creado como una máquina para inventarla, extenderla y reproducirla. Así fue

⁶ NIÑO MURCIA, Soledad. “Eco del miedo en Santafé de Bogotá e imaginarios de sus ciudadanos”, en DELUMEAU, Jean; URIBE, María Teresa, et. Al. *El miedo, reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región, 2002, pp. 191-192.

⁷ ROBIN, Corey. *El miedo, historia de una idea política*. México: FCE, 2004, p. 15. DELUMEAU, Jean. *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus, 1989, p. 30.

⁸⁸ NIÑO MURCIA, Soledad, *Op.Cit.*, p. 196.

concebida a partir de la colonia, para situar los enclaves desde donde producir el territorio moderno y aun en el siglo XIX, Domingo Faustino Sarmiento en *Facundo* (1845) todavía sostenía la idea de la ciudad como foco civilizador, opuesto al campo donde veía engendrada la barbarie.⁹

Para llevar adelante las funciones de agente modernizador y civilizador, necesitó un grupo social especializado representando en letrados y burócratas, capaz de adelantar las funciones administrativas y evangelizadoras que el poder requería. Son ellos los que conformaron la ciudad letrada, un conjunto de intelectuales que en su mayoría constituye la frondosa burocracia instalada en las ciudades que cumple las funciones de transmisión de poder entre la metrópoli y las colonias.¹⁰

Este reducido pero influyente grupo de letrados cumplirá un papel no menos importante en el tránsito de la monarquía absoluta a las nuevas naciones durante las dos primeras décadas del siglo XIX. Juristas y escritores pusieron sus conocimientos y sus competencias literarias y legales al servicio de los debates políticos e intelectuales como en curso de las guerras, en la redacción de proclamas y Constituciones políticas, y al actuar de consejeros de gobierno. Incluso la poesía, al parecer, la menos comprometida de las artes literarias, con pocas excepciones fue poesía cívica. Los intelectuales, en gran mayoría, fueron favorables a las transformaciones políticas que marcaron el nacimiento de las nuevas naciones, proceso intelectual liderado por la ciudad letrada. Al igual que en la colonia, las nuevas circunstancias exigieron las capacidades de los letrados, ante las necesidades de unificar los territorios, redactar códigos, constituciones, e impulsar la educación pública.¹¹

La aparición de las nuevas repúblicas trajo consigo una serie de cambios con respecto al ejercicio de la pluma y la ciudad letrada hispanoamericana. Tras la abolición de la inquisición, la prensa se fortaleció y cumplió la importante función de ser uno de los principales canales de pedagogía de los nuevos principios políticos y de formación de opinión pública. Con ella, surge una figura particular: el publicista, asociado al ejercicio de la escritura y publicación de textos. El publicista es el individuo que desde la prensa, tiene la función no solo de informar, sino a partir de la práctica periodística, operar políticamente en la escena partidaria e intervenir materialmente sobre ella. Con el publicista los textos dejan de ser concebidos como meros vehículos para la transmisión de ideas y pasan ellos mismos a constituir hechos políticos, por consiguiente, el valor de un escrito no se medirá sólo por su contenido veritativo, sino por su eficacia material para generar acciones y movilizar la opinión pública: *doxa*, o saber social compartido en que se encarna en el conjunto de principios y valores morales sobre los que descansa la convivencia social.¹²

El otro cambio tiene que ver con la aparición de sociabilidades modernas al interior de las ciudades latinoamericanas. De acuerdo con Pilar González, hacia 1817 en el Río de la Plata, sociabilidad en su acepción filosófica significa la virtud de moral política que

⁹ GORELIK, Adrián. “Ciudad, modernidad, modernización”, en *Universitas Humanística*, no. 1119, año XXX-56, Julio –Diciembre de 2003, Bogotá, Universidad Javeriana, p. 13. RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago: Trujamar editores, 2004, p. 51.

¹⁰ RAMA, Ángel. *Ibid.*, p. 57.

¹¹ ALTAMIRANO, Carlos (dir) y MIERS, Jorge(ed), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz editores, 2008, p. 9.

¹² PALTÍ, Elías J. “Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes del intelectual moderno” en: ALTAMIRANO, Carlos (dir.) y MIERS, Jorge(ed.) *op. Cit.*, p. 232.

nos lleva a "subordinar nuestra ventaja particular a la ventaja común o general". Sociabilidad se vincula a la práctica asociativa como forma de aprendizaje de la cosa pública y de formación del ciudadano como aprendizaje de la vida en sociedad,¹³ en el que se inscribirán entre otros, sociedades de artesanos. Sociabilidad es la capacidad de los habitantes de una ciudad para congregarse, intervenir en la opinión y en la esfera pública.

Por lo tanto, es la condición urbana el espacio característico del intelectual y de las sociabilidades modernas, y define el tipo de cultura adoptada por las nuevas naciones. Una cultura de patrón Europeo occidental, que, desde la conquista y la colonización ibéricas tienen su sede y su foco de irradiación en las ciudades. A pesar de los cambios políticos en esencia, la función del intelectual que conformó la ciudad letrada permanecerá estable: la de ser receptores y difusores de los distintos modelos culturales tendientes a civilizar sus respectivas sociedades, de esa manera el orden de los signos que ellos instauran se refleja en el orden que quieren instaurar para sus sociedades, resultado de la confluencia de las letras con el poder.

En busca del orden: miedo y ciudad

Desde la colonia, la construcción de un orden social ha sido una preocupación que parte de la ciudad, y empezaba con escoger el sitio más apropiado para un pueblo, la forma como se repartían los solares y las casas, el lugar destinado para la plaza y la Iglesia, lo anterior no es más que la plasmación de un ideal a una realidad física. Ángel Rama subrayó que este orden debía quedar instituido antes que la ciudad exista para impedir todo futuro desorden,¹⁴ de ahí la importancia de prácticas como la de planear y reordenar el territorio urbano que se verán en el siglo XIX.¹⁵

Obsesionados por el orden, la clase dirigente tendrá a la mano un conjunto de dispositivos que tienen un propósito, salvar por medios técnico-instrumentales los avatares de la urbanización y modernización, para poder establecer desde la ciudad un modelo de sociedad. En el siglo XIX los publicistas trabajaron en este sentido, con el paso del tiempo, generando debates sobre los principales problemas al interior de las principales urbes, laboraron en conjunto con los médicos, abogados y a mediados del siglo XX, serán desplazados por el urbanista, como un tipo profesional específico dedicado a resolver el problema urbano.

Pero gobernar la ciudad es gobernar a los hombres, por tal razón los dispositivos aplicados están orientados a regular el control social dentro del espacio ciudadano: la reforma urbana, higiénica, moral y social fueron herramientas indisociables frente a las necesidades que encontraron las clases dirigentes a la hora de planear sus sociedades y encuadrarlas en sus nociones de orden. Las condiciones históricas de esta cultura urbana pueden explicar la persistencia del tema del orden en las clases dirigentes, en especial en la sociedad colombiana, pues si la ciudad exige regularidad, orden y centralidad del poder, lo anterior con frecuencia chocó con acontecimientos que

¹³ GONZALEZ BERNALDO, Pilar. "La nación como sociabilidad en el Río de la Plata. 1820-1862" En: GUERRA, François-Xavier Y QUIJADA, Mónica. (Coords.) *Imaginar la nación*. Münster- Hamburgo-AHILA Cuadernos de Historia Latinoamericana, Núm-2, 1994.

¹⁴ RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago: Trajamar editores, 2004, p. 42.

¹⁵ GORELIK, Adrián. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2010, p. 87.

impidieron plasmar este ideal, y lo que no se controla genera miedo, en ese sentido, la ciudad letrada orientada al orden transita a la ciudad del miedo.

¿La ciudad un espacio de miedo? Parece extraño, pues representa el lugar por excelencia de la civilidad, de la cultura y las letras, *el aire de la ciudad te hace libre*, reza un viejo lema medieval, no obstante, como señala Jean Delemeau en el siglo XVI no se entra fácil a Ausburgo: Cuatro puertas sucesivas, un puente sobre un foso, un puente levadizo y una barrera de hierro no son suficientes para proteger a una ciudad de 60.000 habitantes, en un país presa de conflictos religiosos y amenazado por los Turcos.¹⁶

No obstante, miedo y ciudad, han ido siempre juntos, en razón de que la ciudad es un espacio de diferenciación social, donde no todos acceden por igual a los recursos, ni todos pueden entrar libremente en ellas ni vivirlas del mismo modo. Partiendo de los aportes de la antropológica urbana de María Escalante, se puede agregar que el espacio urbano segrega, —aunque agregaría que en cierta medida— y en las ciudades antiguas se expulsaba a las personas que no querían tener dentro y se cerraban las puertas. En las modernas se empuja hacia barrios marginales y los ciudadanos que permanecen en las zonas residenciales privilegiadas se parapetan tras muros y cuerpos de vigilancia como baluartes en defensa de su seguridad supuestamente amenazada. Para mantener este estado de cosas se crean aparatos represivos y relaciones de poder.¹⁷ No obstante, nunca se ha logrado una forma plena de segregación, perviven en la ciudad campos o zonas que relativamente escapan a la norma y al control, son estas zonas y campos las áreas que generan temor, aunque dicho temor asume diferentes rostros dependiendo del lugar que ocupan los individuos en la estructura urbana, la edad, género, clase social.¹⁸

De todos modos, la seguridad en la ciudad pasa a ser importante, pues como señala Delumeau, la necesidad de seguridad es fundamental en la sociedad, está en la base de la efectividad y de la moral humana. La inseguridad es símbolo de muerte y temor, la seguridad es símbolo de la vida. El compañero, el ángel guardián, el amigo, el ser benéfico es siempre aquel que difunde seguridad,¹⁹ el proceso de modernización capitalista puso a prueba la seguridad en las ciudades latinoamericanas.

La irrupción de las masas

Los procesos de modernización capitalista empiezan a consolidarse en Colombia a comienzos del siglo XX, cuando la ciudad contemporánea se define con todos los objetos que significa vivir en la ciudad: redes modernas de servicios públicos, nuevos medios de transporte como tranvías, trenes y autos, se formalizan los lazos comerciales con otros países del mundo, y se realizan algunas innovaciones en el espacio público

¹⁶ DELUMEAU, Jean. *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus, 1989, p. 9-10.

¹⁷ ESCALANTE GONZALBO, María de la Paloma “ Formas del miedo en la cultura urbana contemporánea”, en GONZALBO AIZPURU, Pilar; STAPLES, Anne; TORRES SEPTIEN, Valentina. *Una historia de los usos del miedo*. México: COLMEX/Universidad Iberoamericana, 2009, pp. 163-164.

¹⁸ KESSLER, Gabriel. *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009, p. 12 y ss.

¹⁹ DELUMEAU, Jean. *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus, 1989, p. 21.

como la transformación de las plazas en parques y la construcción de avenidas arborizadas. Esta modernización incorporó los antiguos centros agrícolas a las urbes en crecimiento. En un proceso de veinte años, los antiguos centros agrícolas cercanos a Bogotá son absorbidos por la ciudad, urbanizando el paisaje de la sabana, que benefició a los grandes especuladores inmobiliarios.

Pedro María Ibañez observa a principios del siglo XX en *crónicas de Bogotá* como en 1891 la ciudad vivió un proceso de expansión territorial sin precedentes abarcando los seis kilómetros de Norte a sur y más de dos de Oriente a Occidente, dicho crecimiento acarreó delicados desafíos para las autoridades urbanas como el abastecimiento de agua.²⁰

Pero para ciudades como Medellín y Bogotá entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, la tarea no solo era construir alcantarillados, luz eléctrica, teléfonos, medios de transporte masivo para una población en rápido crecimiento, también se ponen en acción dispositivos por medio del cual se pretendió controlar la masa poblacional que conformaba un proletariado urbano en gestación, inculcando unos hábitos y unos principios de convivencia, que a manera general podía denominarse urbanidad. “Urbano es la calidad del sujeto que vive en la ciudad, en la urbe. Urbanizar en este sentido, fue crear hábitos de urbanidad.”²¹

No obstante, lo anterior tenían un precedente siglos atrás que por lo general los historiadores colombianos olvidan, pues las reformas borbónicas en la Nueva Granada se orientó hacia un proyecto de civilización de las costumbres, que buscó crear sujetos sanos, obedientes y productivos con base en el canon definido por los ideales ilustrados.²²

De esta manera, si bien la ciudad segrega y esta lógica genera temor, pues se trata de apartar al otro, al que es diferente, sería un error pensar en términos absolutos, los mismos miedos urbanos también han generado respuestas que tratan de incorporar al otro a una cultura, en términos específicos, incorporar al pobre que conforma la masa urbana anónima a una cultura urbana burguesa para civilizarlo, a través de la formación y difusión nuevos valores y formas de relacionarse con el espacio, en este rol el discurso higienista jugó un papel importante.

El discurso higienista de esta manera, adquiere un rol preponderante en las ciudades colombianas a partir del siglo XX, para un pueblo que vivía según los contemporáneos en un estado de permanente promiscuidad y desaseo. La casa y la habitación higiénica del humilde, fue una preocupación de las elites “modernizantes” que la llevaron a aplicar los más modernos elementos de la tecnología social. Se buscó imponer a amplios sectores de la población el moderno estilo de vida burgués: intimidad, aseo, trajes modernos, diversidad de espacios con funciones claramente definidas: dormitorio

²⁰ IBAÑEZ, Pedro María. *Crónicas de Bogotá*. Tomo I, capítulo I, Biblioteca virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango, disponible en línea <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cronidos/cap1.htm> Última consulta 20 de agosto de 2011.

²¹ NOGUERA, Carlos Ernesto. *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Medellín: EAFIT, 2003, p. 149.

²² ALZATE ECHEVERRI, Adriana María. *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760-1810*. Bogotá: ICANH/universidad del Rosario/ Universidad de Antioquía, 2007, p. 12.

de padres, de niños y niñas, sala, cocina, baño patio,²³ una tecnología que se aplicaba precisamente en aquellas clases tenidas como peligrosas. En el fondo, lo que está detrás es el problema del orden o la contención de las masas urbanas producto de la irrupción de barriadas pobres de obreros y la migración de los sectores rurales hacia las urbes en crecimiento.

Esta transformación traía consigo problemas como hacinamiento, pobreza, una población insatisfecha que reclamaba mejores oportunidades y por lo tanto presa fácil de ideologías peligrosas utopías como el socialismo. En los sectores conservadores de la sociedad colombiana, hay algo que une a individuos tan heterogéneos como Rafael Núñez, Miguel y José María Samper, jerarquías religiosas, Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez y otros, es la percepción de que el peligro social que amenaza a las sociedades europeas toque las puertas del país: miseria, vicios, corrupción, prostitución, disolución de los lazos familiares y sociales, falta de control social, suicidio, socialismo. Una notable unanimidad se desprende cuando se trata de condenar la Comuna de París: este episodio cristaliza todo el horror de las elites colombianas frente a la *amenaza de las clases peligrosas*,²⁴ miedos que provienen ante todo del mundo urbano. De esa forma, la permanencia del orden parecía diluirse frente al ritmo del tiempo.

De tal modo, la ciudad amenazada se encontrará sitiada por la pobreza, que plantea un desafío fundamental: el problema de la degradación de las masas y con ello, la irrupción de asonadas protagonizadas por población urbana insatisfecha. El último tercio del siglo XIX deja ver las primeras manifestaciones: la violenta revuelta de artesanos y sectores populares de 1879 en Bucaramanga, las revueltas de artesanos en Bogotá al finalizar el siglo XIX estudiada por Mario Aguilera²⁵. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, la formación de una clase obrera a merced del desarrollo capitalista en el país irrumpe con la protesta urbana. A la oficialidad se le imparte el arte de la reconquista de una ciudad ocupada por revolucionarios y sembrada de barricadas importando los métodos franco-prusianos para acallar al proletariado urbano insurgente. Esto se pone a prueba por primera vez en el 16 de marzo de 1919 en el centro de Bogotá y en la protesta de Barrancabermeja en 1927 por los acuerdos con la Tropical Oil Company que dejan varios obreros muertos.²⁶

Pero sin duda uno de los hechos que pasó a la memoria colectiva de los colombianos fue el Bogotazo de 1948, una de las más importantes asonadas urbanas de los sectores populares a raíz del magnicidio del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, y principal escena de temores urbanos protagonizada por una muchedumbre furiosa y alcorada que se lanzó a las calles a destruir todo a su paso. La fecha también marca el inicio de la tragedia nacional. La memoria colectiva de los colombianos califica el nueve de abril como la caja de pandora que abrió el espíritu de discordia y guerra civil continuas hasta el día de hoy.

²³ NOGUERA, Carlos Ernesto, *Op.Cit.*, p. 149.

²⁴ MÁRTINEZ, Frédéric. *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá-Lima: Banco de la República/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, p. 309.

²⁵ AGUILERA PEÑA, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1997.

²⁶ APRILE- GNISET, Jacques. *La ciudad colombiana. Siglo XIX y XX*. Bogotá: Banco Popular, 1992, p. 49.

Tan profundo fue el impacto generado por este acontecimiento tanto en la clase dirigente como en los sectores medios urbanos, que el primer trabajo que encargó el General Rojas Pinilla a la recién creada Oficina Distrital de Urbanismo consistió en elaborar un urbanismo estratégico acorde al estado de excepción constitucional o estado de sitio: vías anchas para movilización de la tropa, y una avenida anillo que rodeaba la ciudad. En algunos sitios neurálgicos del sistema, donde una radial cruzaba el anillo, se localizaron diversas dependencias y cuarteles del ejército. Bien por la Sabana o por los cerros orientales, la ciudad se encontrará encerrada en un círculo de hierro << *para que no se repitan los horrores del viernes negro*>>. El miedo a otro evento como el 9 de abril, desplazó el urbanismo utópico y visionario de Le Corbusier por otro más pragmático, el correspondiente al del estado de sitio.²⁷

Miedo a la pobreza

Ante todo, para los sectores dirigentes es la pobreza el factor desencadenante de los temores urbanos. La pobreza trae consigo problemas de higiene, de relajamiento moral y descontrol social. En su ensayo “La pobreza en Bogotá”²⁸ Miguel Samper (1825-1899) quería abordar no tanto un hecho o un fenómeno sino la síntesis de una época, y el estado de atraso y decadencia de una sociedad en la manifestación de uno de sus principales problemas. En 1896, mientras empieza el declive cafetero, Miguel Samper contaba que en las calles de Bogotá había aparecido una nueva cosecha de “niños desamparados”, con esta cosecha se tenía mendigos y vagabundos, lo que planteaba un ataque al orden planeado por la ciudad letrada por ser una clase peligrosa. La pobreza era bastante publicitada por la prensa durante la Regeneración, que apoyaba campañas de caridad influenciadas por la encíclica *Rerum Novarum*.²⁹

No es extraño que el motín artesanal en Bogotá en 1894 que se saldó en ataques a propiedades privadas y públicas haya sido un artículo de prensa sobre la pobreza. El motín tuvo lugar por la indignación causada por una serie de cuatro artículos intitolado “La mendicidad” escritos por Ignacio Gutiérrez y publicados en el periódico *Colombia Cristiana*, entre el 14 de diciembre de 1892 y el 4 de enero de 1893. Para el autor el problema de la miseria de los artesanos y demás trabajadores capitalinos no era un problema económico sino un problema moral. La causa de la miseria era sencillamente el consumo de chicha y la falta de previsión y relajamiento de las costumbres de los sectores populares que hacía que las familias pasaran al estado de indigencia cuando el jefe del hogar enfermaba, era despedido del trabajo o cayera preso debido a frecuentes riñas entre artesanos. Esta publicación molesto a los artesanos pues, en su visión ideologizada, no observó la larga tradición de vida asociativa de las sociedades artesanales, sus ideas, motivos, y los sectores acomodados que la componían.³⁰

El crecimiento imprevisto y desordenado de las ciudades que concentraban actividades fabriles y comerciales, planteó el problema de la gestión de las condiciones de vida, de los medios de existencia y de las poblaciones citadinas. Para los grupos dominantes, la realidad urbana se presentó como caótica y peligrosa: falta de infraestructura básica que

²⁷ NIÑO, Ricardo José. (comp.). *El círculo de la exclusión: Santa Fé y Bogotá*. Santafé de Bogotá: Veeduría Distrital, 1996, p. 106.

²⁸ SAMPER, Miguel. “La miseria en Bogotá “[1867] en *Escritos político económicos*. Bogotá: Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán, 1898, tomo I, p. 1.

²⁹ AGUILERA, PEÑA, *Op. Cit.*, p. 100.

³⁰ AGUILERA, PEÑA, *Op. Cit.*, pp. 141-143, 166.

asegurara las actividades de producción y conservación de la salud de sus habitantes, ausencia de control en la distribución espacial de la población que ocasionaba el hacinamiento y la promiscuidad, y la aparición de movimientos sociales que amenazaron el orden y la tranquilidad social. De esa manera, entre 1880 y 1950 el espacio urbano se configura como un lugar peligroso que movilizó a ingenieros, abogados, industriales, eclesiásticos, y médicos, cuyas ambiciones eran sujetar el cuerpo social a la reglamentación, asociando la práctica de la higiene y la salud, individual y colectiva, a un ideal de civilización y progreso.³¹

En este periodo, la política pública en relación con la masa poblacional estuvo supeditada a los postulados de las disciplinas médicas e higiénicas, y con ella el ascenso de la raza dentro de la ciudad letrada que conllevó a la tesis de la degeneración racial debida a malos hábitos como la embriaguez y el desaseo. En 1920 en un ciclo de conferencias realizadas en el Teatro Municipal, el médico Miguel Jiménez López (1875-1955) que había demostrado una temprana inclinación por el estudio de las enfermedades mentales, fue el más preclaro defensor de estas ideas, aunque también intervinieron en el debate Luis López de Mesa y Laureano Gómez.

En la época, el problema racial estaba estrechamente relacionado con la llamada “cuestión social que hacía referencia al conjunto de problemas sociales y económicos relacionados con el “progreso”: la pobreza, la miseria e ignorancia de los sectores populares por una parte, y la gran riqueza de una minoría, que amenazaba con una confrontación entre pobres y ricos³², amenazas para el sostenimiento del orden que irradiaba de las grandes ciudades al resto del país. Había que restaurar la ciudad.

Restaurar la ciudad

¿Cómo se restaura una ciudad degradada? ¿Cómo se adelanta la regeneración de las conductas desviadas, de la naturaleza y de la memoria? Es el dolor de cabeza que enfrenta la ciudad letrada en el periodo estudiado y explicaría el temor por la pobreza, como un sentido de extrañamiento ante una ciudad que crece y destruye el pasado, es el temor a un cambio que muy pocos entienden entre 1880 y 1950.

Pero los miedos urbanos cumplen una función importante: la de hacer *tabula rasa* con el presente. En ese sentido andan sobre el carro de la modernidad, en la medida en que sus respuestas conllevan a la planeación, a la intervención del Estado sobre la vida de los individuos, a la constitución de burocracias encargadas de adelantar las tareas que los dispositivos de control social exigen, y en el plano temporal, a romper con lo establecido e inaugurar un nuevo tiempo, predecible, calculado, cuantificado para prever cualquier inconveniente. Por eso puedo concluir que los miedos urbanos en el país, en lugar de rechazar la modernidad, son su consecuencia y punta de lanza, pues adelantan la proyección de un nuevo modelo de hombre y ciudadano.

No obstante, la restauración de la ciudad no escapa de las disyuntivas que han tenido enfrentar la modernidad política en estos países. Según Paul Drake, la historia de la democracia latinoamericana y de su modernidad política en general, ha tenido que enfrentar el dilema fundamental de cómo reconciliar un sistema político como el de la

³¹ NOGUERA, Carlos Ernesto. *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Medellín: EAFIT, 2003, pp. 38-39.

³² NOGUERA, Carlos Ernesto, *Op. Cit.*, p.45.

democracia liberal, en lo teórico se orienta hacia la igualdad legal con sociedades atravesadas por desigualdades socioeconómicas extremas ³³ Este dilema también se observa con respecto a la *ciudad letrada* y su pretensión de integrar dentro de un proyecto civilizador y de cultura urbana burguesa a la masa urbana, la que precisamente percibe como pobre y opuesta a los designios de la civilidad, el problema es que lo opuesto separa, no acerca ni integra, y bien podemos observar en la política higienista las bases de lo que posteriormente será la práctica clandestina compartida por amplios sectores sociales de la denominada *limpieza social*, o el ajusticiamiento ilegal de individuos considerados indeseables para la ciudad.

A lo largo del siglo XX la ciudad latinoamericana ha sido el espacio de lo opuesto, entre lo civilizado vs. incivilizado, que generó miedos y desesperanzas al no poder salvar la distancia entre un proyecto de igualdad legal y civilizatoria con una estructura social muy desigual generadora de tensiones. El problema ha sido como resolver los opuestos en el espacio urbano atravesado por profundos contrastes entre tugurios y zonas residenciales, entre espacios salubres/insalubres, espacios civilizados/incivilizados; oposiciones que generan miedos y profundizan las desigualdades sociales. Habría que observar si la moderna cultura de masas, o la mundialización de la cultura para hacer referencia a términos como los de Renato Ortiz con sus patrones de consumo vendrían a resolver en parte este dilema, al acercar a los ciudadanos en función de patrones comunes de consumo.

³³ DRAKE, Paul. *Between tyranny and anarchy. A history of democracy in Latin America, 1800-2006*. Stanford: Stanford University press, 2009, pp. 2-3.